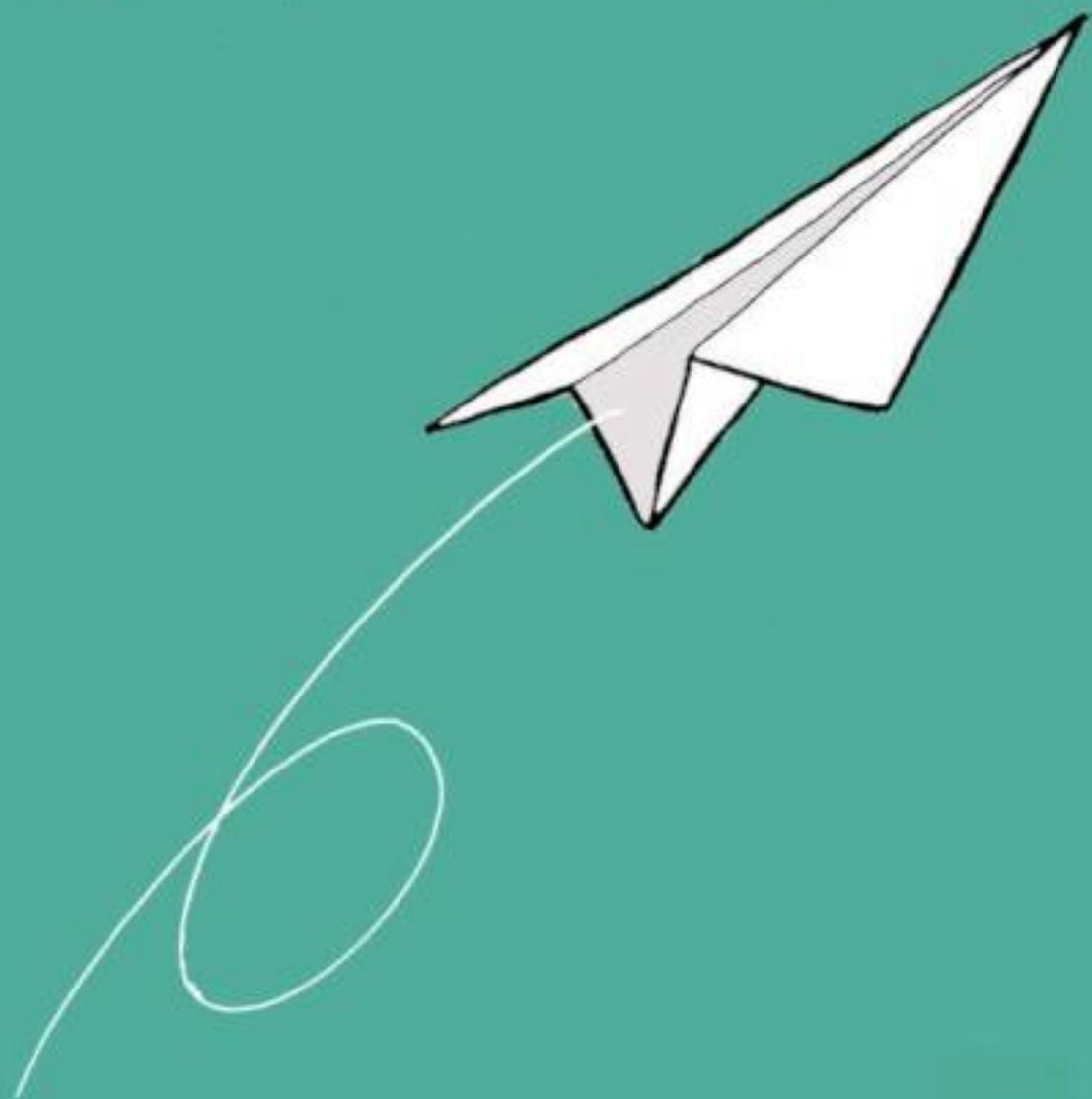


CHUCK PALAHNIUK

Superviviente



Del autor de la polémica *El club de lucha* nos llega su segunda novela, incisiva y malvada, una visión absorbente, preocupante y desternillante de la vida después de las sectas.

Tender Branson, último superviviente de la llamada «secta suicida del Credo», dicta su vida a la caja negra del vuelo 2039, que surca los cielos en piloto automático a unos 39.000 pies sobre el océano Pacífico. Está solo en el avión, que se estrellará en breve en el vasto desierto australiano. Pero antes de que eso suceda quiere dejar constancia de su travesía personal, de cómo pasó de niño creyente y humilde criado a abotargado mesías mediático atiborrado de colágeno y esteroides, autor de una exitosa autobiografía y de un libro de plegarias comunes (la plegaria para retardar el orgasmo, la plegaria para frenar la alopecia, la plegaria para silenciar alarmas de coche). *Superviviente*, una sátira mordaz y reveladora del precio de la fama y de la locura sobre la que se cimienta el mundo moderno, ratifica a **Chuck Palahniuk** como a uno de los novelistas más originales de la actualidad.

47

Probando, probando. Uno, dos, tres. Probando, probando. Uno, dos, tres.

Puede que esto esté funcionando. No lo sé. No sé si quiera si me podéis oír.

Pero si podéis oírme, escuchad. Y si estáis escuchando, lo que habéis encontrado es la historia de todo lo que salió mal. Esto es lo que se llama el registro de vuelo del vuelo 2039. La caja negra, lo llama la gente, aunque es naranja, y dentro tiene un bucle de cable que es el acta permanente de todo lo que queda. Lo que habéis encontrado es la historia de lo que pasó.

Y venga, adelante.

Ya podéis calentar este cable al rojo vivo, que seguirá contándoos la misma historia.

Probando, probando. Uno, dos, tres.

Y si estáis escuchando, tendréis que saber de entrada que los pasajeros están en casa, sanos y salvos. Los pasajeros hicieron lo que se llamaría su desembarco en las Nuevas Hébridas. Luego, cuando estuvimos sólo él y yo en el aire, el piloto se tiró en paracaídas en alguna parte. Unas aguas. Lo que se llamaría un océano.

Me voy a repetir, pero es la verdad. No soy un asesino.

Y estoy solo aquí arriba. El holandés errante.

Y si estáis escuchando, deberíais saber que estoy solo en la cabina del vuelo 2039 con una multitud de esas botellitas de tamaño infantil de vodka y ginebra por lo general mortales alineadas en el sitio en el que se sienta uno frente al cristal delantero, el panel de instrumentos. En los asien-

tos, las bandejitas con pollo a la Kiev o ternera Stroganoff de todo el mundo están a medio comer, y el aire acondicionado se lleva el olor de los restos. Las revistas siguen abiertas por donde las estaban leyendo. Con todos los asientos vacíos, se podría pensar que todo el mundo acaba de ir al baño. De los auriculares de plástico se escapa un zumbido de música pregrabada.

Aquí, por encima del clima, estoy yo solo en una cápsula del tiempo modelo Boeing 747-400 con las sobras de doscientas tartas de chocolate y un bar musical en el piso de arriba al que puedo llegar por una escalera de espiral para servirme otra copita.

Dios me libre de aburriros con los detalles, pero llevo puesto el piloto automático hasta que nos quedemos sin combustible. Apagarse, lo llama el piloto. Motor a motor se irán apagando uno detrás de otro, dijo. Quería que supiera lo que me esperaba. Luego se puso a aburrirme con un montón de detalles sobre motores de chorro, el efecto Venturi, cómo aumentar la sustentación con la combadura de los alerones, y cómo una vez que se apaguen los cuatro motores el avión se convertirá en un planeador de doscientos veinte mil kilos. Luego, como el piloto automático estará programado para volar en línea recta, el planeador iniciará lo que el piloto llama un descenso controlado.

—Esa clase de descenso —le digo— no estaría nada mal para variar. No sabes lo que he aguantado todo este año.

Bajo el paracaídas, el piloto lleva aún puesto ese uniforme nada especial de color sufrido que parece diseñado por un ingeniero. Aparte de eso, ha sido de mucha ayuda. De mucha más ayuda de la que sería yo con alguien apuntándome a la cabeza con una pistola y preguntándome cuánto combustible queda y hasta dónde podemos llegar. Me explicó cómo podía volver a subir el avión a altura de crucero después de tirarse él en paracaídas sobre el océano. Y me contó todo lo del registro de vuelo.

Los cuatro motores están numerados del uno al cuatro de izquierda a derecha.

La última parte del descenso controlado será un picado hacia el suelo. Él lo llama la *fase terminal* del descenso, que es cuando vas acelerando nueve metros por segundo hacia el suelo. A esto lo llama *velocidad terminal*, que es la velocidad a la que los objetos de idéntica masa avanzan a la misma velocidad. Luego lo frena bastante con un montón de detalles sobre la física, Newton y la torre de Pisa. Me dice:

—No hagas mucho caso. Hace mucho que me examinaron.

Dice que el generador auxiliar seguirá produciendo electricidad hasta el momento mismo en que el avión choque contra el suelo.

Tendrás aire acondicionado y música, me dice, mientras seas capaz de sentir algo.

—La última vez que sentí algo —le digo— fue hace ya la tira. Como un año.

Lo prioritario para mí es sacarlo del avión para poder bajar la pistola.

La he estado empuñando tanto tiempo que he perdido la sensibilidad.

Lo que se suele olvidar al planear el secuestro de un avión en solitario es que en algún momento tendrás que descuidar a los rehenes para poder ir al baño.

Antes de aterrizar en Port Vila, iba a la carrera por entre los asientos con mi pistola, intentando que la tripulación y los pasajeros comiesen algo. ¿Necesitaban un refresco? ¿Quién quiere una almohada? ¿Qué prefieren?, le preguntaba a todo el mundo, ¿el pollo o la ternera? ¿Me había dicho normal o sin cafeína?

El servicio de comidas es lo único en lo que realmente sobresalga. El problema es que todo el servicio y la atención tenían que ser a una mano, claro, porque con la otra tenía que sujetar la pistola.

Cuando estuvimos en tierra y los pasajeros y la tripulación desembarcaban, me puse en la puerta delantera y les iba diciendo:

—Lo siento, les pido disculpas por cualquier molestia. Disfruten de su estancia y gracias por viajar con la compañía bla-blablá.

Cuando a bordo quedamos sólo el piloto y yo, despegamos de nuevo.

El piloto, justo antes de saltar, me explica que cuando cada motor se pare, una alarma irá anunciando: «El motor uno se ha apagado», o el tres, o el que sea, una y otra vez. Cuando se paren todos los motores, la única manera de seguir volando será mantener el morro alzado. Sólo hay que tirar hacia atrás de la palanca. El yugo, lo llama él. Para mover lo que llama los elevadores de cola. Perderás velocidad pero mantendrás la altitud. Parecerá que aún tienes la elección de velocidad o altitud, pero en cualquier caso vas a acabar cayendo al suelo en picado.

—Ya vale —le digo—, no me estoy sacando lo que se dice la licencia de piloto.

Sólo tengo que ir al cuarto de baño, pero ya mismo. Sólo quiero que salga por la puerta.

Entonces bajamos a ciento setenta y cinco nudos. No es por aburrimos con los detalles, pero bajamos a menos de tres mil metros y abrimos la portezuela delantera. Entonces se tira, y antes de cerrar la puerta, me pongo al borde de la entrada y echo una meada detrás de él.

Nada en mi vida me ha sentado tan bien.

Si sir Isaac Newton tenía razón, no le planteará problemas al piloto en el camino.

Así pues, vuelo con rumbo oeste con el automático a Mach 0,83 o setecientos cincuenta kilómetros por hora, auténtica velocidad, y a esta velocidad y en esta latitud el sol está clavado siempre en el mismo sitio. El tiempo se ha detenido. Vuelo sobre las nubes a una altitud de crucero de doce mil metros sobre el océano Pacífico, vuelo hacia el

desastre, hacia Australia, hacia el final de la historia de mi vida, en línea recta hacia el sudoeste hasta que los cuatro motores se apaguen. Probando, probando. Uno, dos, tres.

Otra vez estáis escuchando el registro de vuelo del vuelo 2039.

Y a esta altitud, escuchad, y a esta velocidad con el avión vacío, dice el piloto que quedan unas seis o siete horas de combustible.

Así que intentaré ir rápido.

El registro de vuelo grabará todas mis palabras en la cabina del piloto. Y mi historia no reventará en un trillón de cachitos ni se quemará luego con mil toneladas de avión ardiendo. Y después de que el avión se estrelle, la gente buscará el registro de vuelo. Y mi historia sobrevivirá. Probando, probando. Uno, dos, tres.

Fue justo antes de que el piloto saltase, con la puerta de la cabina ya abierta y los aviones militares dándonos caza y el radar invisible rastreándonos, ante la entrada, con los motores chillando y el aire aullándonos, cuando el piloto va y se para con el paracaídas y me grita:

—¿Pero por qué tienes tantas ganas de morir?

Y yo le grité que se asegurase de escuchar la grabación.

—Pues recuerda —gritó— que tienes sólo unas pocas horas. Y recuerda —gritó— que no sabes exactamente cuándo se va a acabar el combustible. Existe la posibilidad de que te mueras a media historia de tu vida.

Y yo le grité:

—Eso no es una novedad.

Y también:

—Cuéntame algo que no sepa.

Y el piloto saltó. Eché una meada y luego volví a colocar la puerta en su sitio. En la cabina del piloto, aprieto el acelerador y tiro del yugo hasta que volamos lo suficientemente alto. Ya sólo queda pulsar el botón y el piloto automático se pondrá al mando. Lo cual nos lleva a ahora mismo.

Así que si estáis escuchando esta caja negra indestructible del vuelo 2039, acercaos a ver el sitio donde este avión terminó su descenso terminal y lo que ha quedado. Sabréis que no soy piloto después de ver el desastre y el cráter. Si estáis escuchando esto, sabréis que estoy muerto.

Y tengo unas horas para contar mi historia.

Así que me imagino que hay posibilidades de que cuente bien la historia.

Probando, probando. Uno, dos, tres.

El cielo es azul y ecuánime en todas direcciones. El sol es absoluto y ardiente y está justo frente a mí. Estamos encima de las nubes, y éste es un día precioso para siempre.

Así que vamos allá. Dejadme empezar por el principio.

Vuelo 2039, esto es lo que de verdad sucedió. Toma uno.

Y.

Eso sí, que conste que ahora mismo me siento genial. Y.

Ya he malgastado diez minutos. Y.

Acción.

46

Tal y como vivo es difícil incluso empanar un filete. Algunas noches es diferente: a veces es pescado, o pollo. Pero en cuanto tengo una mano pringada de huevo y en la otra sostengo la carne me llama alguien con problemas.

Casi cada noche de mi vida es así, últimamente.

Esta noche es una chica la que me llama desde dentro de una disco atronadora. La única palabra que entiendo es «detrás».

Dice:

—Gilipollas.

Dice algo que podría ser «cada» o «nada». La cosa es que no te puedes poner a rellenar los espacios en blanco, así que ahí estoy, en la cocina, solo y gritando para que se me oiga por encima de la tralla discotequera de donde sea. Ella suena joven y agotada, así que le pregunto si va a confiar en mí. Si está cansada de que le duela. Si sólo hay una forma de acabar con tu dolor, le pregunto, ¿lo harás?

Mi pez nada muy excitado en su pecera, encima de la nevera, así que le echo un Valium en el agua.

Le estoy gritando a esa chica que si ya ha tenido bastante.

Le estoy gritando que no me voy a quedar a oírla quejarse.

Quedarme aquí a intentar arreglarle la vida es una pérdida de tiempo. La gente no quiere que les arregles la vida. Nadie quiere que le solucionen sus problemas. Sus dramas. Sus congojas. Ni quieren resueltas sus historias. Ni sus líos.

Porque ¿qué les quedaría? Sólo lo desconocido, grande y aterrador.

La mayoría de los que me llaman ya saben lo que quieren. Los hay que quieren morir pero me piden primero permiso. Los hay que quieren morir y necesitan un poco de ánimo. Un empujoncito. A alguien dispuesto a suicidarse no le queda mucho sentido del humor. Una palabra en falso y a la semana siguiente ya son una necrológica. Aunque la mitad de las llamadas que recibo casi no las escucho. Con la mayoría, decido quién vive y quién muere por el tono de voz.

Con la chica de la disco no estamos yendo a ninguna parte, así que le digo que se mate.

Ella dice:

—¿Qué?

Mátate.

Ella dice:

—¿Qué?

Inténtalo con barbitúricos y alcohol y la cabeza metida en una bolsa de plástico. Ella dice:

—¿Qué?

No se puede empanar bien un filete sólo con una mano, así que le digo que ahora o nunca. O lo hace o no lo hace. Yo estoy con ella. No va a morirse sola, pero no tengo toda la noche.

Lo que parece parte de la música es ella, que se pone a llorar muy fuerte. Entonces cuelgo.

Además de empanar un filete, esa gente quiere que les enderece la vida.

Con el teléfono en la mano, intento con la otra que las migas se queden pegadas. No tendría que ser tan difícil. Se moja el filete en huevo. Se sacude para escurirlo y se echa el pan rallado. El problema del filete es que no sé poner bien el pan rallado. Hay sitios en que el filete está sin tapar. En otros hay tanto pan que no se sabe lo que hay dentro.

Antes, esto solía ser una risa. Te llama la gente al borde del suicidio. Lllaman mujeres. Me quedo aquí solito, con mi pez, solo en esta cocina sucia empanando chuletas de cerdo o vete a saber qué, vestido sólo con unos calzoncillos y escuchando los rezos de alguien. Administrando redención y castigo.

Me llama un tío, cuando ya me he ido a dormir. Las llamadas seguirían toda la noche si no desenchufase el teléfono. Algún capullo me llama de noche, después de que cierren los bares, para decirme que está sentado de piernas cruzadas en el suelo de su apartamento. No puede dormir sin que le asalten horribles pesadillas. Ve en sueños cómo se estrellan aviones llenos de gente. Es todo muy real, y nadie quiere ayudarlo. No puede dormir. Me cuenta que tiene un rifle apoyado en la barbilla, y me pide que le dé un buen motivo para no apretar el gatillo.

No puede vivir conociendo el futuro y sin poder hacer nada para salvar a nadie.

Me llaman los victimistas. Los sufridores crónicos. Lllaman. Interrumpen mi propio tedio. Es mejor que la televisión.

Yo le digo que adelante. Estoy medio dormido. Son las tres de la madrugada, y mañana he de trabajar. Le digo que se dé prisa, antes de que me duerma, y apriete el gatillo.

Le digo que este mundo no es tan hermoso como para quedarse y sufrir. Como mundo no es gran cosa.

Mi trabajo se trata de que trabajo la mayoría del tiempo para una compañía de limpieza. Marmitón a tiempo completo. Dios a tiempo parcial.

Experiencias anteriores me han enseñado a apartar el auricular de la oreja cuando oigo el *clic* del gatillo. Suena una explosión, un momento de ruido estático y el auricular cae al suelo en algún lugar. Soy la última persona que ha hablado con él, y me vuelvo a dormir antes de que se apague el eco del disparo en mis oídos.

La semana que viene hay que buscar la necrológica, quince centímetros escasos que no cuentan nada importante. Hay que buscar la necrológica, si no, no hay manera de saber si pasó de verdad o fue un sueño.

No espero que me entendáis.

Es otro estilo de diversión. Ese tipo de control es como un chute. Pone en la necrológica que el de la escopeta se llamaba Trevor Hollis, y saber que era una persona real me hace sentir de maravilla. Si es asesinato o no lo es, depende de lo responsable que quieras sentirte. Ni siquiera puedo decir que lo de las intervenciones críticas fuese mi idea.

La verdad es que este mundo es terrible, y yo acabé con su sufrimiento.

La idea me llegó por casualidad, cuando un periódico sacó un artículo sobre una línea de ayuda para crisis graves. El teléfono que salía en el periódico era el mío por equivocación. Un error tipográfico. Nadie leyó la fe de errores del día siguiente, y la gente empezó a llamarme día y noche para contarme sus problemas.

Por favor, no piensen que estoy aquí para salvar vidas. En lo de ser o no ser, no soy yo quien toma decisiones. Y no crean que estoy por encima de hablar así con mujeres. Mujeres vulnerables. Paralíticas emocionales.

Casi me contratan en McDonald's una vez, y eso que sólo pedí el trabajo para conocer chicas jóvenes. Chicas negras, hispanas, blancas, chicas chinas, en el mismo formulario pone que McDonald's contrata todo tipo de razas y grupos étnicos. Eso son chicas, chicas y más chicas, al estilo bufé. En el formulario pone también que si tienes una de las enfermedades siguientes:

- Hepatitis A
- Salmonella
- Shigella
- Staphilococcus
- Giardia

o *Campylobacter*, no puedes trabajar con ellos. Ésa es una garantía mejor que la que tienes si conoces a chicas en la calle. Todo cuidado es poco. En McDonald's por lo menos consta que está limpia. Además, hay muchas posibilidades de que sean jóvenes. Jóvenes y con granos. Con risitas de joven. Tontitas como jóvenes, y tan idiotas como yo.

Chicas de dieciocho, diecinueve o veinte años. Sólo quiero hablar con ellas. Chicas de residencia universitaria. En su último año de instituto. Menores emancipadas.

Es lo mismo con esas suicidas que me llaman. La mayoría son muy jóvenes. Lloran, con el pelo mojado pegado a la cara, en un teléfono público bajo la lluvia, y llaman para que las rescate. Me llaman, acurrucadas desde hace días en la cama. Mesías, me llaman. Salvador. Sorben la nariz y se atragantan y me cuentan con todo detalle lo que yo quiero.

Algunas noches es maravilloso oírlas en la oscuridad. La chica confía del todo en mí. Con el teléfono en una mano, puedo imaginarme que la otra mano es ella.

No es que quiera casarme. Admiro a la gente que es capaz de comprometerse con un tatuaje.

Cuando el periódico publicó el número de teléfono correcto, las llamadas empezaron a cesar. De la cantidad de gente que me llamaba al principio, los que no están muertos están cabreados conmigo. Ya no llamaba nadie nuevo. Al final no me aceptaron en McDonald's, así que hice un puñado de pegatinas grandes.

Las pegatinas tenían que destacar. Tienen que ser fáciles de leer de noche para alguien que llora drogado o borracho. Las pegatinas que uso son en blanco y negro, y las letras dicen:

«Date otra oportunidad, a ti y a tu vida. Si necesitas ayuda, llama.» Y mi número de teléfono.

La segunda versión era:

«Si eres una joven de sexualidad irresponsable con problemas de bebida, pide ayuda. Llama a...», y mi número de teléfono.

Creedme. No hagáis este tipo de pegatinas. Con este tipo de pegatinas, irá alguien de la policía a haceros una visita. Con el número de teléfono pueden utilizar un listado inverso y señalaros como criminales en potencia. A partir de entonces, en cada llamada que hagáis se oirá el *clic clic clic* que indica que el teléfono está pinchado.

Creedme.

Si usáis el primer modelo de pegatina, llamará gente que confiesa sus pecados, que se queja, que pide consejo, que busca aprobación.

A las chicas que se conocen así nunca les falta mucho para acabar de hundirse en la miseria. Hay un harén de mujeres aferradas al teléfono, al límite, que ruegan que por favor las llames. Por favor.

Podéis decir si queréis que soy un depredador sexual, pero cuando pienso en depredadores pienso en leones o tigres, en grandes felinos, en tiburones. Ésta no es una relación entre un depredador y su presa. No es entre carroñero, buitres o hiena contra carroña. No es entre parásito y huésped.

Todos juntos somos miserables.

Es lo opuesto a un crimen sin víctimas.

Lo más importante es poner las pegatinas en los teléfonos públicos. Valen la pena las cabinas mugrientas cercanas a puentes con fuertes corrientes de agua. Probad a ponerlas cerca de los tugurios de los que echan a la gente sin sitio adonde ir.

En menos que canta un gallo estaréis en danza.

Os hará falta un auricular de esos que suena como si uno hablase desde muy dentro de algo. Entonces llamará la gente con una crisis y oirán tirar de la cadena. Oirán el rugido de la batidora, y sabrán que os la trae floja.

Estos días me hace falta uno de esos receptores inalámbricos de telefonista. Una especie de walkman de la miseria humana. A vida o muerte. Sexo o muerte. Así se pueden tomar decisiones a vida o muerte con las manos libres a ca-

da momento, cuando la gente llama para confesar su horrible crimen. Entonces imparto penitencia. Condeno a la gente. Les doy a tíos desquiciados el teléfono de tías en su misma situación.

Igual que con la mayoría de rezos, el grueso de lo que uno oye son quejas y ruegos. Ayúdame. Escúchame. Guíame. Perdóname.

Vuelve a sonar el teléfono. Me es casi imposible hacer bien la fina capa de migas del filete, y la del teléfono es una chica nueva que llora. Le pregunto de entrada si va a confiar en mí. Le pregunto si me lo contará todo.

Mi pececito y yo nadamos juntos en el mismo sitio.

Parece que haya sacado el filete del cajón de arena del gato.

Para calmar a esa chica y conseguir que me escuche le cuento la historia de mi pez. El de ahora es el pez seiscientos cuarenta y uno de toda una vida de peces. Mis padres me compraron el primero para enseñarme a amar y cuidar otra criatura del Señor. Pasados seiscientos cuarenta peces, lo único que sé es que todo lo que uno ama se muere. Cuando conoces a alguien especial, puedes estar seguro de que un día caerá muerto al suelo.